

Recordar, compartir, aprender

## Zaragoza

María Gómez Grande, 68 años

Adriana Pérez Lerín, 19 años

## TÓMBOLA

*María ilumina las calles, pero no lo sabe. Un sol que ha girado sesenta y ocho primaveras en torno a su familia: el astro que desciende desde Zaragoza a tierras de Badajoz cada verano para rescatar a la niña descalza que un día fue. A la niña que, aún hoy, tararea las nanas de la infancia.*

La vida de María es una tómbola. De luz y de color. Las nubes no siempre son de algodón. María Gómez tiene un segundo apellido, Grande, y 68 años de historia. Viste trajes floreados de una pieza. Algunos atardeceres ha sido tan y tan y tan, y tan, feliz, que ha llenado los bolsillos de sus vestidos floreados de piedras para que el viento no la llevase lejos. Porque María, a pesar de ser una mujer sabia, guiada por la brújula del sentido común, ha sido una mujer feliz.

La enciclopedia Espasa susurra que, cuando María sonrió por vez primera, habitaban 4.778 almas Campillo de Serena. Lo que los libros no cuentan es que el mundo alumbró allí a María. Cuando ella nació todavía resonaban los ecos de los tiros, de las bombas. Del dolor. Porque en Campillo olía a tierra dura y a pobreza, y a hambre y a campo, al polvo, la niebla, el viento y el sol 'labordetianos'. Olía a Extremadura, donde la tierra se impregna de tierra.

Y nació María. Y en aquella habitación la vida regaló su aroma. La puedo imaginar descalza, con una pequeña azada, de camino al campo. Los pies descalzos de una niña fundidos en la tierra abrasada. Los pies de Macario la seguían con su mirada cuando paseaba por el pueblo. Porque los pies miran. Y se enamoran. Macario nació seis días después de que María abriese los ojos por vez primera. Y nació con una única misión: enamorarla. Y la esperó hasta los dieciséis años. Y la madre aprobó la relación.

En la tómbola del mundo ella tuvo mucha suerte porque todo su cariño a su número jugó. El boleto premiado. Los naipes marcados. Macario y María. María y Macario. Hay quienes nacen predestinados a entrelazar sus dedos, a pasear por las eras, a acudir juntos al baile, a jugar al tiro en las fiestas. Los imagino cerrando los ojos, al atardecer. Cerrándose los ojos. El silencio, que envuelve el campo, permite escuchar fados a lo lejos. Sólo hay que permanecer en silencio. Mirarse. Imaginarse. Y prestar atención. Descalzos y ungidos por el sol de todos los veranos.

A María le encantaba acercarse a las casetas. A probar fortuna. Y el siguiente boleto obtenido en la caseta de tiro los llevó a Valdefierro, un barrio zaragozano en el que otros extremeños como ellos llegaron agarrados a la ola de un futuro próspero. Suena Manolo Escobar. Corbata ancha, patillas pobladas. Ayer María se casó con Macario. En la parroquia de Valdefierro. Y lo celebraron con los amigos, con la familia, en un gran salón. Y la noche siguiente, Manolo Escobar cantó para ellos en Zaragoza.

El otoño llamaba a la puerta, pero ellos no sentían el frío. Ese día quedó escrito que tendrían cinco hijos: tres niñas y dos niños. También quedó labrado en piedra que los niños morirían demasiado pronto. A esa edad en que debería estar prohibido morir.

Mientras, veo a Macario conduciendo horas y horas y horas al volante de un camión. Repartiendo burbujas de Freixenet. La burbuja de la vida de Macario se llamó María hasta que un derrame lo fundió en la tierra. Tenía 57 años. Sus pies, descalzos.

Y ahora María también se descalza al volver a Campillo de Serena al atardecer de cada verano. Y sonrío. Bebe Nestea y sonrío. Y de vez en cuando coge una piedra para llenar sus bolsillos: sabe que el próximo boleto

